



Epigmenio Ibarra

Entre la omisión y el desplante

Que como dice Fernando Gómez Mont, la administración de Vicente Fox “pecó de omisión” en el combate al narcotráfico y más que eso entregó —el secretario se quedó convenientemente corto en su análisis— al crimen organizado regiones enteras del territorio nacional, no hay duda alguna. La demostración palmaria de este hecho es el repunte generalizado de las organizaciones criminales que hoy cubren al país de sangre. Durante seis largos años, roto el aparato de control y convivencia priista con la delincuencia, los narcos tuvieron tiempo y espacio físico para crecer y consolidarse. Sin ser molestados por las fuerzas federales, se hicieron de territorios y de base social que hoy pelean por mantener. Acrecentaron su poder de fuego y su capacidad económica. Expresión de esta vitalidad criminal adquirida en el periodo foxista es el virtual estado de guerra en que vivimos.

Así como el borracho de Yeltsin entregó el poder a la mafia, Vicente Fox, empeñado en asegurar la sucesión presidencial y perdido en la frivolidad y la soberbia, entregó el país al narcotráfico. No tuvo los tamaños que el momento histórico exigía. El peligro de que eso sucediera estaba latente. Ni supo ni quiso verlo. El final del régimen autoritario tenía como colofón necesario —bastaba echar una ojeada a la ex Unión Soviética— la expansión de mafias y organizaciones criminales que aprovechan la ruptura de los instrumentos tradicionales de control social del Estado.

Incapaz de entender esto, Fox falló dramáticamente en la tarea de desplazar al régimen autorita-

rio y sustituirlo con un aparato de gobierno digno y efectivo. No fue capaz de devolverle majestád a las instituciones de la República, al contrario, demolió con esmero lo que de ellas quedaba en pie. No pudo tampoco garantizar la seguridad de la población; era la de su sexenio, hoy lo sabemos, la paz de los sepulcros. Los criminales velaban sus armas. No combatió la impunidad, ni pudo ni quiso darle contenido real al mandato democrático que recibió con los votos de millones de mexicanos en las elecciones presidenciales del 2000. Le faltaron a ese, el primer presidente electo democráticamente de la historia reciente, dignidad, patriotismo, visión y valentía. Sacó Vicente Fox al PRI de Los Pinos, es cierto, pero sólo para que el caos imperara en el país entero mientras el “encargaba el despacho” y hacia campaña.

Que, por otro lado, en esa administración “omisa” trabajaban —como dice Creel— al salir, en una impo-

sible defensa de su ex jefe, muchos de los mismos funcionarios que hoy conducen ese combate y que, por tanto si de buscar responsables se trata, como sugiere Creel, basta con que esos mismos funcionarios se miren en el espejo tampoco hay duda.

Hereda Calderón de Fox su urgencia mediática acrecentada por la necesidad de una legitimidad que de origen no tiene. Desata, es cierto, el poder del Estado contra el crimen organizado pero con frecuencia cae víctima de sus propios desplantes y desatinos. Se mete a Monterrey o Ciudad Juárez y les lleva, en su

apuro electoral, la “carne al asador” a los narcos. Quiere demostrar así que no es este un Estado fallido y permite con acciones escenográficas que una lata de refresco o una amenaza de bomba haga tambalearse al gobierno entero.

No son ciertamente los panistas, los de Fox o los de Calderón, que, en el fondo son los mismos, quienes crearon este fenómeno que tiene al país en jaque, esa responsabilidad es, sobre todo, de los artífices del régimen autoritario que alentó por décadas la impunidad y la corrupción. Fue el PRI el que sembró la semilla de este mal profundo que nos aqueja, pero es a los panistas a quienes se les salió totalmente de control, a quienes les estalló en pleno rostro. Son ellos, por otro lado, quienes tampoco han tenido, y pese a sus supuestas credenciales democráticas, la firmeza y la fuerza para encarar al gobierno de Estados Unidos, verdadero responsable por su laxitud ante el consumo de drogas y su ineficiencia en el combate a sus narcos locales, de la tragedia que nos arrastra.

Son ellos los panistas que han ocupado, “haiga sido como haiga sido”, Los Pinos estos últimos 9 años los que, por su ineficiencia, por la irresponsable y mecánica absorción de los usos y costumbres del régimen autoritario han resultado unos por omisión, otros por ineficiencia, los responsables de este colapso del Estado. Porque más allá de que unos u otros se rasguen las vestiduras es de esto, de un colapso, que estamos hablando.

Incapaces de conducir el gobierno, aferrados a un discurso propagandístico que niega la realidad, empeñados a fondo en una permanente campaña para preservarse en el poder,



Fecha 27.02.2009	Sección Opinión	Página 19
----------------------------	---------------------------	---------------------

a los panistas —son ellos mismos los que ahora al ventilar sus diferencias lo reconocen— se les está deshaciendo el país entre las manos. ■

<http://elcancerberodeulises.blogspot.com>

Incapaces de conducir el gobierno, aferrados a un discurso propagandístico que niega la realidad,

empeñados a fondo en una permanente campaña para preservarse en el poder, a los panistas se les está deshaciendo el país entre las manos

Santiago

